

La arena y el remordimiento: el Sáhara Occidental en el memorialismo español contemporáneo ¹

Andreu Navarra Ordoño
Universidad Autónoma de Barcelona

1.- Introducción.

Quiero dejar claro, en primer lugar, y antes de entrar en materia, que considero este texto como el primer resultado de una investigación que aún sigue su curso, y que por lo tanto las conclusiones aquí expuestas han de ser consideradas provisionales. Sigo encontrando por los archivos y bibliotecas diarios y memorias de españoles que fueron al Sáhara, y lo esperable es que el hallazgo de más textos vaya modificando o matizando los juicios sobre esta literatura que ni siquiera, que yo sepa, ha sido inventariada y ordenada.

Cuando el lector se acerca a los textos memorialísticos que han ido escribiendo los españoles que presenciaron la entrega del Sáhara Occidental a las autoridades marroquíes y mauritanas, o que han deseado ofrecer una visión directa de lo que son los campos de refugiados de Tinduf, pronto se da cuenta de que subyace en ellos el sentimiento de la culpabilidad, un sentimiento que tiene una raíz triple.

En primer lugar, desde los testigos de derecha se subraya el hecho de que los pueblos que habitaban la zona española pasaron de gozar de una situación de respeto y privilegio a convertirse en fugitivos. En segundo lugar, los autores más lúcidos destacan la inhibición vergonzosa de la izquierda española (y más concretamente de los gobiernos socialistas), cuyo comportamiento ha sido poco valiente, por no decir abiertamente perjuro. Por último, la seca rectitud de los saharauis y su lamentable historia son una lección constante para los acomodaticios españoles, que en general aceptan sin muestras de inquietud el lavado de su memoria colectiva. Así pues, los diarios y los ensayos (cada vez más

¹ Conferencia leída el 20 de diciembre de 2012 en la Casa Árabe de Madrid y el 15 de abril de 2013 en la también madrileña sede de la Fundación Sur.

numerosos y frecuentes) nacen con la explícita intención de llamar la atención no tanto de las autoridades como de los lectores que desconocen su propia historia, porque a ninguna opción política le ha interesado nunca airear lo que allí sucedió en 1976, que no fue más que un vergonzoso entendimiento entre el gobierno de Arias Navarro y el monarca marroquí, líder de la nueva potencia colonialista.

Un caso aparte es el magnífico libro de Ana Tortajada, escritora que combina la reivindicación de los derechos de la mujer con el espíritu de los auténticos exploradores del siglo XIX. *Hijas de la arena*, escrito con un cuidado estilo medido y sencillo, nació con el objetivo de homenajear a la mujer saharauí. Ya lo había hecho la autora en 2001 con las afganas. Debe destacarse en esta autora la ausencia absoluta de prejuicios o fraseología de telediario en sus valoraciones, que nacen directamente de la observación.

Las novelas, de una calidad creciente, también apuntan hacia estas direcciones. Describen procesos de revelación cuando se inician los primeros contactos con la realidad saharauí. Las vidas anodinas experimentadas en España por los protagonistas dan un giro radical durante el viaje, y son un reflejo de las nuevas obsesiones del escritor. Se produce entonces la necesidad invencible de fundirse con el pueblo descubierto. Se produce el deseo imposible de asumir como propios y sin ningún tipo de rebaja los mensajes de los saharauis. Éstas son las emociones descritas en *El médico de Ifni* (2005), de Javier Reverte, *Mira si yo te querré* (2008), de Luis Leante, *El imperio desierto* (2008), de Ramón Marayta, *La línea del desierto* (2011), de Elisabeth Riera.²

² En el capítulo VIII de las memorias del General Bens encontramos relatados los hechos que Elisabeth Riera ha novelado: “La presencia de la aviación en Villa Cisneros excitó a los moros. Si cuando va a haber tormenta tiembla el bosque, la inquietud que yo notaba en las cabilas no presagiaba nada bueno. / Los nómadas del Sáhara creían en peligro sus caravanas y sus camellos con la presencia en el cielo del Sáhara de los “pájaros de metal”. / El Ministerio de Estado me anunció que se me presentaría una comisión francesa cuya misión era estudiar sobre el terreno las obras necesarias para hacer unos aeródromos –en Cabo Juby y Villa Cisneros- que sirvieran de aterrizaje en la línea aérea Toulouse-América. / En la comisión, formada por tres personas, venía el capitán de nuestro Cuerpo de Inválidos, don Francisco Cervera. / Como ya he dicho, los moros sentían una gran hostilidad por lo franceses, y querían evitar, a toda costa, la instalación de los aeródromos. / La noticia había corrido como un reguero de pólvora por las jaimas, los pozos y las caravanas del desierto. / Yo observaba con cuidado este movimiento. Envié a mis mejores sabuesos – entre ellos a mi amigo el moro “Laseny”- para que calmaran los

Un caso aparte lo constituye la novela *Mi mundo sin fronteras*, de Ana Herrera Barba (Granada, Octaedro/Mágina, 2009), obra que bebe directamente de técnicas folletinescas.

En *Un país en el desierto* (2010), de Francisco Collado, la situación es la inversa: es Zag, uno de los niños saharauis que van a pasar el verano en España el que enseña (y regala como un vaso colmado de valores y símbolos) su realidad familiar a los españoles que le acogen.

En los diarios más recientes, sobre todo los escritos por españoles cooperantes y personas que han acogido en algún momento a un niño saharauí, el remordimiento toma la doble forma de la denuncia del consumismo salvaje en que se vive en la antigua metrópoli, contrapuesto a la dignidad austera y cortés que demuestran en todo momento las familias visitadas, y la revelación vital que se deriva de este encuentro.

Han escrito diarios o memorias centrados en el Sáhara Occidental, su gente y su conflicto, personas procedentes de muy distintos ramos profesionales: soldados, reclutas y ex legionarios (Francisco Bens, Julián Delgado, José Falcó Rotger, José Bellés Gasulla, Joan-Maria Maixé i Ceballos, Luis Pereyra), periodistas (Manuel Chaves Nogales, Pablo-Ignacio de Dalmases, César Rufino, Fernando Guijarro), maestros (Jesús Salafranca), biólogos (José Antonio Valverde) y una escritora aventurera (Ana Tortajada).

Y como todos los textos que examinaremos aquí han tratado de comunicar con lealtad el mensaje que tenían para el mundo en general y para los españoles de una forma muy particular, no está de más empezar el análisis por el que consideramos uno de los más valiosos libros recientes dedicados al conflicto: *Veus del Sàhara* (2011), publicado en catalán por la editorial Cossetània.

ánimos de los jefes y santones. Había que evitar que la chispa prendiera en el montón de leña. / Pronto comenzaron a llegar del interior del Sáhara muchos jefes notables de las cabilas y grupos de moros, los cuales me suplicaban que no permitiera yo que se hicieran aquellas obras, y menos por lo franceses. / Yo traté de disuadirles empleando la táctica que me había salvado siempre de todos los conflictos: las buenas palabras y los regalos. Les hice ver que no había ningún peligro para ellos en la instalación de la línea aérea, antes, al contrario, pues el aeroplano les evitaría recorrer a camello el desierto en jornadas agotadoras. / Algunos moros se convencieron, pero otros permanecieron irreductibles.” (Bens, 1947 : 67).

Si hay un libro necesitado de traducción castellana urgente, éste es, precisamente, *Veus del Sàhara*. Y para este juicio no median criterios menendezpelayanos: el libro se encuentra divinamente en su encarnación catalana. Lo que pasa es que su contenido, el relato de trece saharauis que aceptaron dictar el relato de su vida, es de interés peninsular. Joan Herranz, Gerard Peris Asensio y Marta Palau Albà viajaron a los campamentos argelinos y se propusieron ofrecer los mensajes de los entrevistados sin intermediarios. Algo que sólo se había atrevido a hacer Fernando Guijarro. De aquí el inestimable valor de los textos orales que reportan. Los autores, los transmisores, no distinguieron ni entorpecieron lo que una maestra, un pastor de camellos, un soldado o un burócrata del Polisario tenían que decirles. El libro reporta a veces testimonios tan sorprendentes como el de Mohamed Lemín, dirigente del Polisario que se entrevistó con Leonid Breznev en 1980.

2.- Militares y falangistas.

¿Por qué se produjo esa tan desconcertante sintonía entre los militares y los cuadros indígenas? ¿Por qué protestó Fuerza Nueva por el abandono de Sidi-Ifni y del Sáhara Occidental? El fascismo español tiene este tipo de contradicciones: Giménez Caballero era, aún en 1932, un profundo admirador de Azaña y Macià. Onésimo Redondo era un católico laicista donde siempre habían imperado los clericales. Dionisio Ridruejo y Ramón Serrano Suñer trataron, en 1939, de invadir Barcelona de propaganda falangista escrita en catalán, y acompañada de ediciones de clásicos catalanes. Quizás lo primero que deberíamos examinar es el mismo sustrato ideológico en que se habían formado aquellos soldados que luego escribirían diarios llenos de entusiasmo y nostalgia.

Palabras de Francisco Franco pronunciadas el 16 de noviembre de 1937, en unas declaraciones a *L'Echo*, de París: “Nuestra guerra es una guerra religiosa. Nosotros, todos los que combatimos, cristianos y musulmanes, somos soldados de Dios y no luchamos contra hombres, sino contra el ateísmo y el materialismo, contra todo lo que rebaja la dignidad humana, que nosotros queremos elevar, purificar y ennoblecer (...). Mis más bravos soldados son esos requetés navarros, que solamente quieren ganar el cielo dejándose matar, y esa

elegida Falange, para la que a la vez es España madre y señora, esos moros que invocan a Alá y a su profeta (...). Vea usted, nosotros tenemos la fe”.

El diario de José Falcó Rotger, legionario que participó en una campaña de defensa contra unas incursiones marroquíes, nos sirve para entender por qué los textos de los legionarios son los únicos desprovistos de sentimientos de culpabilidad: “Las directrices del gobierno son las de un profundo respeto a sus costumbres, creencias y fe mahometana; debemos poner todos los medios para conseguir su acercamiento a fin de que lleguen a sentirse españoles sin dejación de sus tradiciones, fundamentalmente la espiritual” (Falcó, 2001 : 149). Los enemigos del franquismo eran el ateísmo y los nacionalismos centrífugos. Resulta, asimismo, imposible comprender el nacionalismo español sin atender a estas directrices, ideologías, tendencias generales. Los legionarios y otros tipos de militares se sentían la avanzadilla de un movimiento civilizador: su labor no entrañaba incoherencias. Crear nuevos españoles era una misión que debía confirmar el destino imperialista de la Patria, allí donde había fracasado el nacionalismo liberal, el de los explotadores del Riff, el de los intelectuales que no habían sabido retener a los vascos y los catalanes.

José Falcó Rotger era totalmente consciente de estar protagonizando una misión llena de sentido: “La presencia española en el Sahara occidental es muy anterior a estas fechas [1957], pero es entonces cuando ya se puede hablar de una permanencia de hecho y no esporádica como años atrás. Y es también entonces cuando la acertada e inteligente acción política iniciada por el comandante Bens coge cuerpo y empieza a dejar en la mente de los indígenas la huella de la misión civilizadora que España se había impuesto” (Falcó, 2001 : 148). La operación mental, por lo tanto, resulta clara: el espíritu de la Cruzada, la continuación de la guerra civil, es confirmada por estos soldados que *viven* la evangelización en lugar de experimentarla como una rutina burocrática en su hogar.³ Son nuevos conquistadores, son portaestandartes de una segunda oportunidad colonizadora que debe evitar los errores de la del siglo XVI.

³ Puede leerse otro interesante relato de los enfrentamientos hispano-marroquíes de 1958 en *Prietas las filas* (1996), de Julián Delgado. Este autor, antiguo legionario y policía franquista pasado a la democracia, viene a ser una versión menor, tardía y en clave canallesca de Dionisio Ridruejo, el líder falangista que fue desarrollando poco a poco una intensa conciencia socialdemócrata. Las anécdotas chulescas que rememora son especialmente útiles a la hora de

Las memorias del General Bens, que recogen impresiones muy anteriores al franquismo, confirman las palabras de Falcó. Los objetivos netamente colonialistas son mucho más claros en la prosa de Bens que en las crónicas de Chaves: “Es intolerable que nosotros, *que estamos aquí para darles ejemplo de superioridad moral*, los robemos!” (Bens, 1947 : 72); “¿Quién con más derecho que España a estas ocupaciones? ¿Quién puede regatearnos, sin cometer una injusticia, esta misión colonizadora, llena de gloria, de España en África? / Yo pensaba que esa ineludible e intransferible exigencia histórica se une a nuestra predisposición racial para entendernos con el moro, y el sentido cristiano de respeto a la personalidad humana que había hecho famoso el nombre de España en sus grandes empresas misioneras y colonizadoras” (Bens, 1947 : 102). Como puede verse, el idioma aquí utilizado es el del perfecto colonizador europeo del siglo XIX. Y de haber pensado estas cosas efectivamente entre 1910 y 1913, Bens se convertiría, como señala Falcó, en el precedente iluminador para las tropas de 1958. Sin embargo, conviene no olvidar que sus memorias fueron redactadas hacia 1947, y que se adaptan adrede a las directrices del Régimen.

El intenso catolicismo, así como el valor del compañerismo, son los rasgos más destacados del diario de José Falcó. Otro diario destacable es *Cabo Jubi-58. Memorias de un teniente de infantería en la campaña Ifni-Sahara* (Madrid, San Martín, 1991), de José Bellés Gasulla, que no tiene tanto interés ideológico, pero sí lo tiene en el campo logístico-militar. Si alguien desea conocer cómo era la vida intrahistórica de esas tropas, con qué clase de sacos de comida se alimentaban, y en qué vehículos se movían y transportaban sus cosas, y qué armas utilizaban, cuál era la relación con los habitantes de Ifni y los saharauis, éste es su texto.

Pero lo más importante en este sentido es la confirmación de estos sentimientos cordiales en los testimonios de los propios saharauis. Salek Alal Omar, pastor de camellos nacido en 1919, dijo el 18 de octubre de 2009 a Herranz, Peris y Palau que “Los españoles habían invertido en nuestras tierras y nosotros constatamos un progreso y mejora relativamente grandes de las necesidades mínimas que teníamos todos los saharauis. Entraron en nuestra sociedad a través de intercambios comerciales; traían cosas que hasta entonces

estudiar el particular sentido del honor legionario. Delgado permaneció en el Sáhara español hasta 1965.

no teníamos, y nosotros creíamos que eso sería bueno. Se produjo una fusión comercial y laboral entre el Sáhara y España. Había quienes se formaban como traductores y otros como militares, guardias rurales, policías...”. Los intelectuales son, naturalmente, más conscientes de los procesos de alienación y la idealización del pasado inaccesible. Dijo Bachir Mohamed Halil, historiador nacido en 1959, también en octubre de 2009, que “La presión policial era bastante fuerte en aquella época [los años sesenta]. Los españoles no nos permitían hablar de política, como tampoco nos dejaban movernos libremente por según qué lugares, aunque muchos lo hiciéramos igualmente. También había prohibiciones en las escuelas, donde no se podía enseñar árabe. Sin embargo, no prohibieron los centros coránicos, donde sí se enseñaba el árabe. / Aun así, nuestra situación era mejor que las zonas ocupadas por las olas dominadoras de Marruecos, donde había una gran represión. Nosotros no considerábamos que la mano del fascismo español fuera excesivamente dura, pero era porque cerca de nosotros había una mano mucho más rígida, un régimen, mucho más arcaico, mucho más opresivo: el marroquí. Aun así, el gobierno español nos trataba con mucha severidad”.

Las memorias Blas Piñar, que se convirtió en más franquista que Franco a partir de que éste firmara los acuerdos con Estados Unidos, confirman todo este sustrato ideológico que no podemos desdeñar a la hora de analizar la postura de la extrema derecha respecto a los derechos de los saharauis. Porque, por mucho que nos duela, por muy horrible que sea el hecho de tenerlo que reconocer, esos neofascistas fueron más lúcidos en su análisis de la situación que Franco y los partidos de izquierda, lo cual no debe actuar en detrimento de nuestra condena a los presupuestos ideológicos neofascistas. Lo que debemos comprender es que para legionarios y partidarios del espíritu de continuación de la guerra civil, Sidi-Ifni y el Sahara eran provincias españolas tanto como Valladolid o Burgos, no una mercancía de canje, y se sintieron ultrajados y engañados cuando no se les dejó proteger a los saharauis cuando se produjo la invasión. Porque, en su mentalidad, ellos eran totalmente españoles.

En realidad, debemos darnos cuenta de que tras el abandono del Sáhara lo que lamentan muchos españoles no es la pérdida de los derechos de los saharauis en sí, sino la falta de verdadero nacionalismo español. España volvió a mostrarse como una nación transigente, sin pulso, a merced de los que

decidieron las potencias de fuera. Sólo así podemos comprender que coincidieran en sus apreciaciones básicas dos hombres tan antitéticos como el republicano Manuel Chaves Nogales y el neofascista Blas Piñar.

Por esta razón, Ricardo Ramos Alcaraz de Unamuno, comandante de artillería, planeó volar el Parador de Turismo de El Aaiún con unas cargas de exógeno para forzar un conflicto armado contra Marruecos. Lo ha contado Pablo-Ignacio de Dalmases en sus imprescindibles memorias sobre aquellos momentos críticos (pp.223-224). Una buena parte de los legionarios hubiera querido no culminar la vergonzosa (por cobarde y desleal) entrega del territorio a los marroquíes y enfrentarse al ejército de Marruecos, para luego garantizar un auténtico proceso de descolonización para los saharauis. Pero no lo intentaron por liberalismo o generosidad, sino porque ésa había sido la postura tradicional de Franco, y porque no presentar batalla equivalía a reconocer que España no valía ya nada ni ante el concierto internacional ni entre sus propios soldados y ciudadanos.

Leemos en las memorias de Blas Piñar (informadísimas, por cierto, sobre todo lo que es geografía, economía, estatutos jurídicos y conformación sociológica, casi diría que *patológicamente informadas*) juicios negativos en torno a las entregas de 1968 y 1976: “La postura de Fuerza Nueva – y la mía – siguió siendo radicalmente opuesta a todo lo que trataba de encubrir la palabra “retrocesión”. En esta línea, el 24 de enero de 1969 solicité, por escrito, del presidente de las Cortes que se incluyera en el orden del día una interpelación oral al Gobierno en el primer pleno que se celebrara” (Piñar, 2000 : 317). A continuación, recordaba los fundamentos de esa enmienda: “La Ley de Principios fundamentales del Movimiento Nacional establece en su Punto IV que “la unidad entre los hombres y las tierras de España es intangible”, añadiendo que “la integridad de la Patria y su independencia son exigencias de la comunidad nacional”. Por lo tanto, a raíz de la entrega de Sidi-Ifni al rey de Marruecos por parte del dictador, Piñar oponía a Franco su propia legislación. Y es que aún podemos decir más en nuestro intento por dilucidar esa extraña fascinación de la extrema derecha por el pueblo saharauí: para los partidarios de seguir colonizando el Sáhara, los saharauis no eran más que españoles, *de su misma raza*. “Habara”, un periodista de la revista *Fuerza Nueva*, viajó en abril de 1968 a Sidi-Ifni para informarse sobre el estado de la ciudad e interesarse por

la opinión de los “residentes”. Ante la pregunta “¿Qué dicen los residentes?”, el periodista responde: “NADA. Estoicamente encajan el golpe. No hay gestos melodramáticos ni conversaciones que puedan empequeñecer *el empaque y señorío de nuestra raza*” (Habara, 1969 : 20). A los pescadores, a los trabajadores del mercado, se les estaban atribuyendo las virtudes tradicionales de los españoles, con la retórica característica del nacionalcatolicismo. Pero eso, incluso eso, era preferible a la condición de desplazados, explotados, bombardeados, colonizados, perseguidos y ninguneados que tuvieron después.

Concluyendo: es una cuestión que atañe al propio nacionalismo español haber hecho algo más por los saharauis. La movilización de parte de la opinión pública española es una reacción a la ausencia absoluta de patriotismo exhibida por las autoridades franquistas y la izquierda democrática española. Antiguos republicanos como Chaves e incluso brutales ideólogos de extrema derecha pensaban en clave nacionalista y opinaban que debía protegerse a quienes habían sido declarados españoles por leyes anteriores vigentes. Abstenerse de actuar, pactar la solución más práctica, era volver a la debilidad de 1898. A los defensores de la actuación del gobierno de Marruecos, con Juan Goytisolo⁴ a la cabeza, les recomendaría la lectura de *Veus del Sahara*. Allí leerían los relatos de cómo fueron bombardeadas con napalm, fósforo blanco y metralla las columnas de refugiados que huían a los pedregales del este, o se enterarían de cómo los militares marroquíes ejecutaban a los prisioneros en sus enfermerías con inyecciones de veneno. Negar estas “hazañas” es privar de voz a los que siguen siendo un pueblo colonizado.

⁴ Juan Goytisolo publicó en 1979 su ensayo *El problema del Sáhara*, aportando su original visión sobre el conflicto. Según se desprende de su libro, la Marcha Verde fue un auténtico movimiento espontáneo de descolonización, protagonizado por el pueblo marroquí deseoso de liberar una parcela de territorio ocupada por los europeos. En su esquema, las críticas a Marruecos provienen de un concepto paternalista según el cual el pueblo alauí sería incapaz de dotarse a sí mismo de una izquierda anticolonialista. Esta es la parte más aprovechable de la obra: realmente muy pocos españoles confían en que los países no europeos sepan generar órganos de lucha democrática. Sin embargo, lo que se echa de menos en el análisis del autor es la voz de los saharauis. Resulta difícil de creer que una ocupación pacífica y espontánea necesitara la ayuda de Kissinger y los norteamericanos, obviando el reparto de riquezas ajenas que Hassan II planeaba, y que fue un éxito sonado gracias a Arias Navarro.

La demagogia paranoica no deja de hacerse presente en el particular análisis de Blas Piñar: “Desde el punto de vista militar, no cabe duda de que al dispositivo soviético de agresión al mundo libre le interesaba de un modo muy especial el dominio de la costa africana de occidente” (Piñar, 2000 : 356). Algunos textos del Blas Piñar de los años sesenta confirman todo este tinglado ideológico: las entregas de Río Muni, Fernando Poo e Ifni son infructuosas claudicaciones, y la alianza con Estados Unidos algo innecesario, ya que España ya había demostrado (y debía seguir demostrando) ser una potencia puntera en la lucha contra “la agresión comunista” (Piñar, 1969 : 5). Sólo la vigencia efectiva de los valores de 1939, opuestos a los de unos EUA que se benefician económicamente de España, son la garantía de que todos los españoles continúan embarcados en un sano proyecto imperial.

Hemos, pues, examinado la bonita teoría. Pero no podemos ni mucho menos concluir que el Régimen fuera tan beneficioso con los saharauis, o que la sociedad colonial fuera igualitaria. Y es que más de medio siglo antes ya se habían producido escenas de violencia colonialista registrados por el General Bens en sus memorias. Bens fue pacifista porque así se lo mandaban los gabinetes liberales que le enviaban órdenes. Pero varios pasajes de su obra pueden poner en entredicho la tradicional “bondad” y “suavidad” que se le atribuye: “Mientras tenía estas conversaciones con los jefes de cabila, solicité el envío de dos compañías de infantería con una batería de artillería de campaña. / Porque no bastan las palabras si éstas no están protegidas por el sentimiento de superioridad que da la fuerza, pues, a veces, sólo enseñándola hace que se incline a favor de uno el platillo” (Bens, 1947 : 67); “Yo, antes de emplear la fuerza, hacía alarde de ella para intimidar al indígena, y cuando encontraba algún elemento irreductible empleaba el castigo fuerte, siempre con razón, pues esto gusta al moro y acrecienta el prestigio del jefe. / Tenía el pan en la mano y el palo en la otra” (Bens, 1947 : 51). Los pasajes creo que hablan por sí solos. Y en otro lugar leemos: “Una tarde en Cabo Juby, a la hora del reconocimiento médico de los indígenas, me encontraba yo en una reunión de moros. / En esto se presenta el practicante indígena, que me dice: / -“Reise”, en la puerta del Fuerte hay un moro que prohíbe la entrada a los que vienen a la consulta. / Este moro, alto y fuerte, tenía fama de matón y pendenciero. / Llamé al rebelde, y cuando estuvo junto a mí le pregunté el motivo de su actitud. Me respondió,

jactancioso, que él “hacía lo que le daba la gana”, y al oír esto le di un fuerte bofetón que rodó por el suelo. En el acto, y por mi conocimiento del moro⁵, grité, levantando los brazos al aire: / - Alá lo manda así” (Bens, 1947 : 49). Así pues, el pionero era impetuoso y no renunciaba al empleo de la coacción y la violencia. Por otra parte, las memorias del general son amenísimas; Bens escribe rápido, ceñido al tema, y demuestra grandes dotes de observación.

La sociedad del Sáhara Occidental en los años finales de la administración española ha sido muy bien descrita por Pablo-Ignacio de Dalmases en su magnífica obra memorialística *Huracán sobre el Sáhara* (2010), imprescindible para conocer lo que ocurrió en El Aaiún antes y durante la evacuación del ejército español. La situación descrita por este periodista no puede ser más incongruente. Mientras los órganos de educación que controlaban los falangistas educaban a los saharauis para su autodeterminación, fieles a las instrucciones del dictador, los militares se comportaban como si nunca tuvieran que abandonar el territorio. En cuanto las autoridades españolas sospecharon en 1970 que había nacido un incipiente nacionalismo, ordenaron detener y asesinar a Bassiri. Este crimen es analizado por Dalmases al inicio de su libro, tomando información de todas las fuentes disponibles. Con horror comprobamos que lo de Bassiri fue una “saca” idéntica a las practicadas durante la guerra civil, una ejecución ilegal y clandestina convertida en un tabú incluso entre los miembros de un mismo “bando”.

El desmán se repitió el 17 de diciembre de 1974 con el asesinato de tres prisioneros del Frente Polisario que fueron detenidos por los legionarios en Tifariti, tras una dura refriega en la que murió el sargento José Carazo Orellana. Abdi uld Brahim, Embarec uld Hossein y Fadeld uld Mohamed Lamin fueron también “desaparecidos” con el consentimiento del gobernador general Gómez de Salazar, que la triunfante retórica presentó luego como un genial estadista.

Al fin y al cabo, fue Arias Navarro, el más franquista de los inanes franquistas que heredaron el poder en 1975, el que consumó la traición chapucera que originó tan profundo sentimiento de culpa e indignación entre los españoles informados. Hasta el final fueron visibles las diferencias entre los

⁵ Resulta curioso observar cómo, en sus memorias, Bens no realiza distinción alguna de idioma o etnia: todo lo que observa es uniformemente “moro”.

sectores falangistas y los meros cuadros de poder de estricta obediencia vertical franquista.

Durante años, el maestro nacional falangista Carmelo Moya dirigió el Frente de Juventudes y el Colegio Menor de El Aaiún, desde donde inculcaba a los jóvenes indígenas la necesidad de que se formaran para asumir el control del nuevo Estado (*su nuevo Estad*) cuando terminase la presencia española en el Sáhara. De un modo análogo, Concha Mateos, directora del internado de la Delegación Provincial de la Sección Femenina, consiguió que las jóvenes saharauis que se educaron en aquella institución conservasen un recuerdo afectuoso de la administración española. Concluye Dalmases: “Hoy no está de moda destacar los aspectos positivos de aquellas dos instituciones, que no fueron pocos, pero la verdad está por encima de las circunstancias y lo cierto es que el Frente de Juventudes y la Sección Femenina fueron en el Sáhara dos excelentes factores de formación de la juventud autóctona que dejaron en ella una huella imborrable. Se puede decir incluso que influyeron decisivamente en la historia posterior y los saharauis de aquella generación que pasaron por ambas instituciones las recuerdan, sin excepción que yo conozca, con afecto” (Dalmases, 2010 : 35).

El diario de Dalmases es la historia de una tensión entre un puñado de hombres lúcidos y civilistas que, casi por azar, han venido a desempeñar funciones de responsabilidad en el Sáhara español, y la brutal inercia de militares y legionarios cuyo comportamiento no sabe (o no quiere escapar) de los estereotipos patriotericos oficializados desde 1939. Por esta razón el autor insiste tanto en su homenaje al coronel Rodríguez de Viguri, secretario del Gobierno General, un hombre que presenta como avanzado a su tiempo y líder de la única opción sensata: preparar el advenimiento de la independencia saharauí adiestrando en lo técnico y respetando las estructuras del pueblo destinado a autoadministrarse.

3.- Periodistas en el desierto.

Huracán sobre el Sáhara (2010) de Pablo-Ignacio de Dalmases no es únicamente un diario sobre unas experiencias trascendentales durante los

últimos días de administración española, sino que además es un manual de buen periodismo y una guía incomparable para conocer los entresijos del poder durante el franquismo tardío. Si nos interesara el estudio de cómo se repartían los cargos medios y bajos durante los años setenta, y cómo se formaban las camarillas y las veladas corrientes de opinión, el libro sería una referencia ineludible.

El libro *La distancia de cuatro dedos*, de Fernando Guijarro, resulta fundamental porque responde al empeño de ceder la palabra a los propios saharauis. Por mucho que teorizamos o nos manifestemos, no hay homenaje más esforzado que el de estampar de forma directa y leal sus opiniones. En la transcripción que hace Guijarro de un diálogo con un familiar de El Jatri Yumani, ex presidente de la Yemáa durante la administración franquista, leemos, por ejemplo: “- *Yo nací en El-Aaiún, he vivido toda mi vida allí, y puedo asegurarle que ese día fue el más negro de la ciudad en toda su historia.*

“- ¿Qué se podría hacer para ayudar a la gente de la zona ocupada?

“- *Seguir la lucha hasta donde uno pueda, como hacen ellos allá, hasta que llegue el día en que nos reunamos todos en el Sáhara libre.*

“- Déjeme hacerle una pregunta tonta: en realidad, aparte de las molestias con la policía, ustedes vivirían mejor en El-Aaiún que aquí. ¿Por qué han decidido venir? ¿Los han raptado, como dicen?

“- *Económicamente, se puede decir que allá teníamos mucho más. Dinero, comodidades, una casa... Pero eso no es suficiente, porque el que vive no es el cuerpo sino el alma, y mi alma está por aquí. Aquí puedo decir lo que quiero, ir donde quiero, y eso es lo importante. He decidido venir voluntariamente, y aquí estoy. El saharauí, por muy rico que sea, por mucho dinero que le des, si no está contento espiritualmente, nada lo podrá detener.*

“Lo dice tan de corazón que me emociona. No, no suena a panfleto ni a aprendido en falso por presión ajena.⁶

⁶ Este diálogo ilustra como ningún otro texto lo que van a buscar los españoles al Sáhara y a Argelia: mensajes auténticos, ideales reales, y no propaganda, panfletos, intereses oscuros, la tupida red de idiomas ideológicos prostituidos que envuelve la vida cotidiana en un país occidental. Los saharauis tienen fe, no viven en ese falso catolicismo que pervive en España. Los saharauis tienen algo por lo que luchar, prefieren la insumisión al confort, o eso es, al menos, lo que nos gustaría pensar.

“- Dígame una cosa: ¿quién hizo a los saharauis como son?

“- *Eso viene de nuestras raíces. Y también de la fe islámica. Somos musulmanes.*

“- Sin embargo, algunos de los saharauis que hablaron por televisión dicen que aquí son comunistas, y que no se reza. Lo dijeron Ramadán Uld Nas, y algún otro.

“- *Yo me encontré con esa gente en El-Aaiún, y me dijeron eso mismo que acaba usted de decir. Pero no hice caso, porque sabía quiénes eran y el dinero que les dan. Yo conozco a mi pueblo, y sé que el pueblo saharauí es islámico. Si no ha aumentado su Islam, no va a disminuir* (Guijarro, 1997 : 175). Estas cosas son las que se pueden aprender en el memorialismo dedicado al Sáhara Occidental. De no existir este libro, ¿cómo accederíamos a la mentalidad real de los saharauis, presentada sin manosear, sin que hubiera intermediarios interesados o involucrados en tramas políticas ajenas? ¿Cómo conoceríamos sus conflictos internos, inevitables en cualquier comunidad humana? El máximo esfuerzo emprendido por estos escritores y diaristas consiste en viajar a El-Aaiún, Villa Cisneros o Tinduf para buscar a esas personas y recoger su mensaje. Ésa es la reacción al remordimiento colectivo de haber permitido que las instituciones enterraran el asunto.

César Rufino es un conocido periodista sevillano que escribió, en el campamento argelino de Smara, un diario sobre la visita de una semana que realizó junto a su esposa y una prima a la familia saharauí cuya hija, Hasina, iba a pasar todos los veranos con ellos.

El libro de Rufino (*Sáhara. 54 tés en la casa de Jaiduma*, Sevilla, Abadir, 2011) es excelente por el humor directo con el que nos sabe informar el autor, y por la profunda ternura que transmite. Sólo un escritor de fuste puede llamar “tonillo aerodinámico” (p.16) al aplomo dominador de una chiquilla tremenda y zalamera. Y, cuestiones de estilo aparte, si hubiéramos de señalar dos virtudes de esta pequeña joya de la literatura autobiográfica, destacaría dos: su vocación radicalmente desmitificadora y realista, profundamente irónica, y su utilidad a la hora de ilustrar por qué el Sáhara Occidental y los saharauis ejercen tanto poder de atracción intelectual sobre los españoles. Porque éste viene a ser el tema fundamental del libro: ¿por qué el español siente la necesidad imperiosa de ir al Sáhara y fundirse, en la medida de sus escasas energías de reconversión

cultural, con las gentes que lo habitan? ¿Qué es lo que un español aprende de cualquier saharauí? En definitiva, esta pregunta fundamental puede formularse de otra manera: ¿cuáles son las carencias culturales que implica ser español? ¿Qué va a aprender el español al Sáhara Occidental o a las inmediaciones de Tinduf?

Muchos son los fragmentos del diario de Rufino que nos orientan en esta cuestión. El autor trató de resumir así el canto de sirena saharauí: “Es aquélla una región recíproca, con un Dios que constantemente pide también milagros a los humanos. El milagro de mirar como nunca lo han mirado a uno, de reír como nunca se ha oído reír de Gibraltar para arriba, de jugar los niños sobre un pedregal como si la vida dependiera de la alegría de los saltos; el milagro de alimentarse cada día, de llegar vivos a la noche” (Rufino, 2011 : 16). Por lo tanto, los beneficios que obtiene un español en el Sáhara son de orden humano y totalmente moral, lecciones de vida por parte de los que no tienen nada y saben ser felices. Es la ausencia de milagros, la rutina de la existencia dentro de la espiral consumista lo que impulsa al ciudadano español a buscar la autenticidad entre los saharauís.

Ahora bien, no hay en el texto del autor ni un átomo de ingenuidad ni de mixtificación, es decir, ficción e idealización. Uno de los atractivos fundamentales del libro consiste en preguntarse de dónde procede el entusiasmo espiritual, la total renovación que experimenta el visitante español, cuando ésta se produce en un lugar físicamente espantoso: “Más arena. Más miseria. El campamento de refugiados es mucho peor de lo que esperábamos; no contiene ni una gota de romanticismo. Desde luego, el que venga aquí con intención de escribirle poemas a la Luna y respirar la magia del desierto se equivocará de cabo a rabo. Hacia donde uno mire se ve una miseria estructural difícil de eludir bajo palabras bonitas como familia, sencillez, hondura o autenticidad. Éste no es en modo alguno un lugar para vivir. Es un espanto. Y eso, que se sabía sin necesidad de venir, cobra ahora, en estos días de nuestra visita, la concreción terrible en los nombres y los rostros” (Rufino, 2011 : 39). Sin duda, el propio espanto del campo de refugiados provoca que el atractivo que emana de las jaimas sea totalmente humano: el viajero no tiene más remedio que fijarse en los detalles de la vida de quien los ha acogido, en su esfuerzo por mantener viva una cultura y totalmente alfabetizada a una

sociedad. Precisamente si algo tiene claro el diarista es que forma parte de otra cultura, y que de ningún modo el aprendizaje humano entre los saharauis transforma su adhesión a unas determinadas coordenadas sociales. El autor es feliz en el campamento de refugiados, sin ningún tipo de comodidad (y esto le sorprende), pero también lo es en su casa, rodeado de lujos, lo cual le sorprende aún más. La exploración de las emociones contradictorias es uno de los rasgos constantes del libro. En ningún caso el periodista consciente se autopresenta como un converso falaz, un impugnador emotivo de lo propio. Aunque conozca la raíz inmoral de la sociedad de la que forma parte, no puede dejar de pertenecer a ella, y tras el regreso exclama: “Yo no sabía que viviera en un palacio. Cuando llegamos a casa vimos un montón de objetos a nuestro alrededor; los conocíamos, porque fuimos nosotros quienes los pusimos. Me costó encontrar uno solo que me pareciera necesario o siquiera útil. Me ofendieron los primeros anuncios de la tele. Me negué a comprar absolutamente nada que no fuera importante. Donde los niños veían ayer tarde una chuchería estúpida de “sólo un euro” en nuestra salida a las Procesiones de Semana Santa, yo veía a Jaiduma volviendo del mercado con un kilo de plátanos. La contemplación de los antiguos requisitos de mi propia vida me resultaba obscena, inmoral. Pero puede dar la sensación por estas líneas de que estamos tristes, y no es así. Hacía años que no nos sentíamos tan contentos” (Rufino, 2011 : 169). Por lo tanto, se ha operado en el viajero una suerte de metamorfosis moral. La enseñanza humana lo ha alejado del consumismo, pero no ha hecho que reniegue de la propia cultura ni de su hogar. Lo ha transformado de un modo complementario, lo ha conducido a valorar mejor y de un modo más gratificante el mundo referencial propio.

Seguramente es porque el desierto despierta no pocas reflexiones metafísicas y existenciales al visitante: “Desde que rebasamos los 40 años, con todos los lutos que ello conlleva, solemos decir (y cada minuto que pasa lo siento con más fuerza en esta tierra que exprime los extremos del propio carácter para jugar con él y dejarlo un poco hecho polvo) que a esta vida viene uno a despedirse. No sé por qué pienso ahora en esto; tal vez porque haber venido aquí está empezando a ser una invitación a decir adiós a muchas cosas, o porque me encuentre en plena resaca tristonera de esta borrachera de humanidad y desolación de tres días.” (Rufino, 2011 : 59). Las últimas palabras del dietario

son: “Doy gracias a Dios, por haberme hecho este regalo. Gracias de corazón”. El regalo es el viaje a los campos de refugiados.

La expresión sorprende aún más en un escritor tan rabiosamente irónico.

En definitiva, rasgos variados hacen de los tres diarios examinados aquí textos excepcionales: del diario de Guijarro cabe destacar su interés insobornable de aportar la voz de los propios saharauis; del de Dalmases, el regalo de sus fuentes de información directas; del de Rufino, lo que no es poco, su extraña sabiduría literaria a la hora de acercarse a la cara más cotidiana y humana de las consecuencias del conflicto.

4.- Dos direcciones.

En la página 194 de *Huracán sobre el Sáhara*, Dalmases reproduce la célebre portada del periódico *La realidad* del viernes 24 de octubre de 1975, en la que se lanzaban los siguientes titulares como bombazos: “Parece próximo un acuerdo hispano-marroquí (según EFE)” y “A España se le promete el 60% de los fosfatos y bases militares”. Pero lo que nos interesa ahora aquí es el recuadro inferior izquierdo, en el que se lee: “Barcelona, con el pueblo saharauí. Representantes de un grupo que se autodenomina “los amigos del pueblo saharauí” han entregado hoy al Gobierno Civil de Barcelona una carta de petición para celebrar una manifestación el próximo sábado por la tarde de apoyo y solidaridad del pueblo español con el pueblo saharauí”. Yo creo que el estudio de esta asociación de Amigos del pueblo saharauí sería una buena dirección, no para dar voz a los afectados directos del conflicto, sino a la hora de historiar el origen de la corriente de solidaridad desplegada por la ciudadanía española desencantada con sus gobiernos. ¿Cómo pudo empezar a operar esta asociación sin información directa? Sin duda deben de estar detrás personas “que habían estado allí”. ¿Quiénes eran? ¿Qué estatutos, actividades, publicaciones, alianzas, realizaron estos amigos del pueblo saharauí? ¿Cuándo empezaron? ¿Cuándo terminarán? Tendrán su archivo, dispondrán de memoria. El libro *Sàhara Occidental. Aspectos i vivències*, de Joan-Maria Maixé i Ceballos (Valls Cossetània, 1999) se presenta como editado con la colaboración de, cito textualmente: “Secció Territorial de Tarragona de l’Associació Catalana

d'Amics del Poble Saharai". Es decir, no sólo continúan operativos, sino que además cuentan con delegaciones provinciales y se han catalanizado.

El estudio de esta organización, pues, es una de las direcciones pendientes que se pueden tomar a partir de este punto.

Otro camino virgen para explorar, no directamente relacionado con el conflicto derivado de la fallida descolonización del Sáhara Occidental, pero sí íntimamente ligada a la historia de la gestión española, lo constituyen los diarios escritos por monárquicos que fueron deportados al desierto por el gobierno republicano. De éstos he conseguido localizar tres: *Mártires del Ideal*, de Luis Pereyra Darnell, prologado ni más ni menos que por José María Pemán, *Cautivos en las arenas. Crónicas de un confinado*, de Antonio Cano y *Memorias de un deportado*, de Andrés Coll.⁷ Estos textos, publicados todos en 1933, escritos por autores rabiosamente nacionalistas, frontalmente enfrentados al régimen de la Segunda República, resultan interesantes por tres motivos: en primer lugar, ayudan a comprender el brutal enrarecimiento político que fue enconándose durante 1934 y 1935, y que, como todos sabemos, desembocó en la guerra civil. Ayudan a conocer ese ambiente, estudiar las razones y sinrazones de los monárquicos. Entre ellos, el menos valioso es el de Cano: una machacona letanía de insultos a la izquierda y reivindicaciones ultranacionalistas. En segundo lugar, contienen una información valiosísima sobre las instalaciones y los cuadros de mando que entonces, aún por producirse el despliegue colonial definitivo de España sobre el territorio saharai, se habían asentado ya sobre el territorio. En tercer lugar, nos ayudan a conocer cómo era la vida de esos presos políticos que se habían visto envueltos en los conatos de insurrección que se habían enfrentado al gobierno en los tiempos del Bienio Reformista.

El carácter y la intención de la prosa de Andrés Coll es radicalmente distinta de las notas emotivas de Pereyra. Coll incluye en su volumen de memorias una inestimable lista de presos, la mayoría militares, que fueron a parar a sus respectivos confinamientos en territorio saharai.⁸ Como él mismo

⁷ El mismo año 33 publicó Andrés Coll el libro *Villa Cisneros*, una descripción pormenorizada de la ciudad y sus habitantes.

⁸ A través de esta lista llegamos a conocer que Luis Pereyra y Darnell era capitán de Infantería, retirado con 21 años de servicio, tres de ellos en campaña. Y sabemos también que poseía la medalla de África.

nos indica en la página 21 de su libro, Andrés Coll y Pérez era Doctor en Teología, licenciado en Derecho canónico, dos veces canónigo por oposición y después arcipreste de la catedral de Málaga, con veinticuatro años de servicios en Canonjía, profesor por oposición de la Cátedra de Gramática en la Escuela de Artes y Oficios de Málaga y catedrático excedente forzoso de la asignatura de Religión en el Instituto y Escuelas Normales de la misma ciudad. Si reportamos toda esta información es porque ayuda mucho a la hora de entender al personaje, más concretamente su profunda aversión al régimen republicano. El sacerdote Coll tenía motivos sobrados para odiar a la República. Su condición de radicado en Málaga le permitió contemplar el incendio masivo de templos y edificios religiosos malagueños de 1931. Además, fue obligado a dejar de enseñar en algunos centros debido a las leyes secularizadoras de la enseñanza. A ello habría que añadir el hecho de salir prisionero hacia el Sáhara. Por todas estas razones, Coll escribe que: “Hoy miro a mi Patria y todo ha cambiado por completo. Ni España me parece mi madre, ni la enseña patria se parece a mi bandera. No veo el altar y el trono en el sitio en que la tradición los colocara, ni la espada y la cruz siguen enlazadas como en sus siglos de gloria” (Coll, 1933, 10). Nuestro autor desea, pues, entroncar con la más rancia tradición imperialista.⁹ Fiel a ella, como si fuera un nuevo legislador de Indias, se indigna ante el mantenimiento (tolerado por los españoles) de la esclavitud: “En pleno siglo XX apena y encorajina ver seres humanos tratados como brutos, sin reconocerles mayor valor que el de una bestia preferida. Se les niega el derecho al tálamo, la propiedad de sus hijos, la posesión de lo que ganan con su trabajo para terminar negándoles la comida. ¡Pobres negros y pobres moros esclavos los de Villa Cisneros! Se les trata como si no fueran personas, como si perteneciesen a otra raza inferior; a nada tienen derecho, todo abuso de ellos es lícito y se compran y se venden por un puñado de monedas. Y tras la pena que produce

⁹ Antonio Cano va mucho más allá y escribe: “Triste cuadro de persecución sectaria e injusticia social presentaba España en los principios del verano. Aprobadas en el Parlamento todas las leyes que llevaron la angustia a los hogares católicos; expulsada la Compañía de Jesús y despojada de lo que como propiedad legítima tenía, el sentimiento religioso del país clamó contra el atropello, que vino a unirse con los ya consumados o en vías de realización, contra la propiedad, la iglesia y sus ministros, el ejército y, en general, contra las tradicionales costumbres del pueblo español, que había caído bajo las garras de la masonería y el judaísmo, los cuales dictaron órdenes a los que en el poder se movían a su capricho” (Cano, 1933 : 11).

esta iniquidad humana, la honradez del alma se levanta y se rebela contra los Poderes y los Estados, que proclamando con refinada hipocresía sus anhelos de igualdad y fraternidad, son los modernos fariseos de la sociedad contemporánea. / Pero cuando de la colonia de negros separo la vista para dirigirla a esta otra colonia de deportados, sigo viendo el mismo crimen social, del cual nosotros somos las víctimas. / ¿Qué otra cosa somos los deportados de Villa Cisneros, sino esclavos?” (Coll, 1933 : 121).

Muy distintas son las conclusiones de Luis Pereyra, que padeció idénticos trabajos. Al regresar a su anhelada España, el autor toma un tono arrebatado y místico y pregonar, en forma de intensas oraciones, la hermandad entre españoles: “¡Bendita la hora en que sufrí por lo que amo y más bendita, porque la dura prueba me ha enseñado que, pese a mi dolor, devuelvo bien por mal, amor por odio!... / En estas horas decisivas, en que tanto mal se anhela, mi mayor orgullo es querer aunarlo todo bajo el iris de la paz y de concordia. / Quiso la Providencia que mi cuerpo no viniera empeorado del destierro... / Y que mi alma no se lacrara con el virus del odio que aniquila a España” (Pereyra, 1933 : 259). No está mal viniendo de un militar con más de veinte años de servicio.

No hace falta decir que la gran tragedia española es el escaso índice de lectura. Si le hubieran hecho caso a este curioso capitán, otro gallo nos hubiera cantado.

5.- Bibliografía:

BELLÉS GASULLA, José, *Cabo Jubi-58. Memorias de un teniente de infantería en la campaña Ifni-Sahara*, Madrid, San Martín, 1991.

BENS, General, *Mis memorias. 22 años en el desierto*, Madrid, Ediciones del Gobierno del África Occidental Española, 1947.

CANO Y SÁNCHEZ PASTOR, Antonio, *Cautivos en las arenas. Crónicas de un confinado*, Madrid, Imprenta de L. Rubio, 1933.

COLL, Andrés, *Memorias de un deportado*, Madrid, Aldus, 1933.

_, *Villa-Cisneros*, Madrid, Librería general de victoriano Suárez, 1933.

COLLADO CERVERÓ, Francisco, *Un país en el desierto*, Picanya, Edicions del

- Bullent, Col. Abisal, 2010.
- CHAVES NOGALES, Manuel, *Ifni, la última aventura colonial española*, Almuzara, 2012.
- DALMASES, Pedro Ignacio, *Huracán sobre el Sáhara*, Barcelona, Base, 2010.
- _, *Oficio de carroñero*, Barcelona, Carena, 2009.
- DELGADO AGUADO, Julián, *Prietas las filas*, Barcelona, Libros PM, 1996.
- DOMÉNECH LAFUENTE, *Algo sobre Río de Oro*, Madrid, Gobierno Político militar del África Occidental Española, 1946.
- FALCÓ ROTGER, José, *Sáhara 1958. Vivencias de un oficial de la Legión*, Madrid, Almena, 2001.
- GARCÍA, Alejandro, *Historia del Sáhara y su conflicto*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2010.
- GOYTISOLO, Juan, “La izquierda española, los nacionalismos magrebís y el problema del Sahara”, *Triunfo*, 8 de mayo de 1976.
- _, *El problema del Sáhara*, Barcelona, Anagrama, 1979.
- _, “¿Condenados a no entenderse?”, *El País*, 9 de diciembre de 2009.
- GUIJARRO, Fernando, *La distancia de cuatro dedos. En la guerra del Sáhara con el Polisario*, Barcelona, Flor del viento, 1997 (Prólogo de Manuel Vázquez Montalbán).
- HABARA, “Del Morabito de Sidi-Ifni a una gran ciudad”, *Fuerza Nueva*, Núm.119, 19 de abril de 1969, pp.17-21.
- HERRANZ, Jon, PERIS ASENSIO, Gerard y PALAU ALBÀ, Marta, *Veus del Sàhara. Testimonis del passat i present d'un poble*, Valls, Cossetània, 2011.
- MAIXÉ I CEBALLOS, Joan-Maria, *Sàhara Occidental. Aspectos i vivències*, Valls, Cossetània, 1999.
- NAVARRA ORDOÑO, Andreu, “La piedra que taja el viento: el Sáhara Occidental en tres libros españoles recientes”, *Letras Salvajes*, Aguadilla (Puerto Rico), n° 9, noviembre de 2012.
- PEREYRA DARNEL, Luis, *Mártires del Ideal (Impresiones de un deportado monárquico)*, Madrid, Librería San Martín, 1933.
- PIÑAR, Blas, *Escrito para la Historia*, Madrid, Colección Denuncia, 2000.
- _, “Con las manos vacías”, *Fuerza Nueva*, Núm.119, 19 de abril de 1969, p.5.
- RUFINO, César, *Sáhara. 54 tés en la casa de Jaiduma*, Sevilla, Abadir, 2011.

SALAFRANCA, Jesús, *Cartas desde Saguia el Hamra*, Málaga, Algazara, 1996.

SOBERO, Yolanda, *Sáhara. Memoria y olvido*, Barcelona, Ariel, 2010 (prólogo de Lorenzo Silva).

TORTAJADA, Ana, *Hijas de la arena. Cartas desde los campamentos saharauis*, Barcelona, Lumen, 2002.

VALVERDE, J.A., *Sáhara, Guinea y Marruecos. Expediciones africanas*, Madrid, Quercus, 2004.